

Índice



A modo de introducción. <i>Remember</i>	9
Prefacio. <i>Here Today</i>	19
1. En mi hora de oscuridad.....	23
2. Reúnamonos y pasemos un mal rato.....	63
3. Rock 'n' roll, drogas y joder en las calles.....	103
4. ¡Mi mamá me dijo que yo era grandioso!.....	137
5. Todo lo que necesito es una pinta de cerveza al día.....	173
6. Cualquier cosa que te ayude a pasar la vida.....	207
7. Tenías que haber estado allí.....	239
8. Venus y Marte están alineados esta noche.....	271
9. Ni Elvis, Beatles o Rolling Stones en 1977.....	305
10. El sauce da la espalda a las inclemencias del tiempo.....	337
11. Mirando sombras en la pared.....	369
12. Caminando sobre hielo quebradizo.....	399
13. ¿Dónde van los patos en invierno?.....	431
Epílogo. Sobrevivir a Lennon.....	461
Fuentes.....	473
Agradecimientos.....	491



A modo de introducción



Remember

Remember when you were young

Recuerda cuando eras joven

How the hero was never hung

Como nunca ahorcaban al héroe

Always got away

Siempre lograba huir

JOHN LENNON, “Remember”, 1970

La Guerra Fría entre la Unión Soviética y Estados Unidos —y, por ende, entre sus respectivos países acólitos— fue un mal chiste si se compara con la relación entre John Lennon y Paul McCartney durante buena parte de los años 70.

Tras la separación de Los Beatles, el público y los medios de comunicación tuvieron que afrontar que los dos líderes del grupo que había revolucionado la música popular se habían convertido en enemigos irreconciliables. Se impusieron dos bandos: uno de ellos defendía a John Lennon, el fundador de Los Beatles, el hombre carismático que patrocinaba la paz desde la cama, el artista que creaba una música personal y subjetiva y cuyo pensamiento no era sino una extensión de su época, un “músico lunático y bocazas” —como se definiría a sí mismo— que hacía sentir incómodo a los gobiernos más conservadores de Occidente. El otro se apostó junto a Paul McCartney, poco dado al exhibicionismo casi infantil de su colega, el hombre de las melodías pegadizas que había cambiado el glamour de Los Beatles por una granja espartana en Escocia, el artista cuya obra representaba el reflejo de una obsesión por el trabajo compulsivo que huía de connotaciones sociales o políticas.

La gran pregunta que surgió entonces era obvia: ¿cómo dos personas que habían estado juntas desde la adolescencia, que habían creado un vínculo único y que habían experimentado un ascenso a la fama sin precedentes eran ahora dos extraños? Y, por inercia, se imponía otra cuestión: ¿cuándo habrían de superar sus diferencias y se reunirían de nuevo para crear música? Si hubo un sueño en los 70, sin duda, fue



ese: ver reunidos a Los Beatles después de una separación un tanto agria y aparatosa.

Aquel vínculo se forjó tras una carrera llena de éxitos, que partió discretamente desde varios tugurios de Liverpool, pasando por infectos clubes de Hamburgo y que habría de encontrar su cenit en el Shea Stadium de Nueva York, cuando Los Beatles, en su momento de máxima popularidad, tocaron ante 56.000 personas. La carrera del grupo es pródiga en proezas hasta entonces inéditas. Y eso que su punto de partida no auguraba semejante devenir.

John Lennon y Paul McCartney coincidieron por vez primera después de que la banda del primero, Los Quarry-Men, ofreciera una actuación en Woolton, un barrio de Liverpool. Ambos eran adolescentes obsesionados con la leyenda de Elvis Presley, tocaban la guitarra y se consideraban fieles seguidores de aquella moda musical denominada *rock 'n' roll*. Corría el año 1957 y pronto ambos habrían de compartir escenario, sueños y composiciones. Lennon era un joven problemático, anclado en una situación familiar surrealista: abandonado por su padre, un marino del que nunca supo gran cosa, ignorado por su madre, Julia, que propició un hogar junto a otro hombre en el que él nunca tuvo cabida y criado por su tía Mimi, mujer férrea y autoritaria. McCartney perdió a su madre cuando tenía catorce años, víctima de un cáncer, pero su padre, Jim, le proporcionó siempre un hogar modesto, pero nunca faltó de cariño y atenciones. Ambos chicos superaron sus pérdidas con las guitarras y empezaron a tocar allí donde se les quisiera oír. El *skiffle* que provenía de Estados Unidos sembró Liverpool de clubes y bandas y Los Quarry-Men solo habrían de ser unos pececillos en tan vasto océano.

En 1960, con George Harrison —un amigo de Paul— a la guitarra solista, Stuart Sutcliffe —un amigo de John— al bajo y Pete Best a la batería, los autodenominados Silver Beatles fueron a Hamburgo en busca de las actuaciones que Liverpool les negaba. Allí, durante meses, se curtieron en clubes de dudosa reputación, tocando ante marineros borrachos, prostitutas y delincuentes de toda índole. Cuando volvieron a Inglaterra eran un grupo compacto y pétreo cuyo sonido hizo que Liverpool se rindiera a sus pies (aunque ya sin Sutcliffe, que se había quedado en Hamburgo con su novia alemana). Para entonces ya se llamaban —solo— Los Beatles y, como todos los grupos, aguardaban la oportunidad de triunfar en el mercado discográfico.

Brian Epstein, un joven empresario, los vio en The Cavern, el club más famoso de Liverpool y se enamoró de ellos: aquellos cuatro jóvenes de pelo largo, enfundados en cuero, representaban su ideal de belleza. Así que se convirtió en su representante después de prometerles un contrato discográfico. Antes convino moldear su imagen: pelo largo, pero limpio, trajes de dos piezas a medida y corbata. Desde aquel momento un aura de profesionalidad abdujo a Los Beatles: nada de comer o fumar en el escenario, nada de chistes, peleas o bromas. A partir de entonces cualquier movimiento estaría calculado al milímetro, incluidas unas reverencias al final de cada actuación. Sin embargo, las puertas de las compañías discográficas no se abrieron con facilidad ante la insistencia de un manager provinciano. Tras varios reveses consiguió que Los Beatles ficharan por Parlophone, un pequeño se-



llo discográfico de la todopoderosa EMI Records. El productor George Martin se habría de convertir entonces en el artífice del sonido de la banda y también de su éxito. Por desgracia, de ese éxito no pudo disfrutar Pete Best, que fue expulsado de Los Beatles sin muchos miramientos y sustituido inmediatamente por Ringo Starr.

Please Please Me, el primer álbum de Los Beatles —publicado en 1963— fue solo un aperitivo, pero muy apetitoso. Hasta Stephen Hawking, un fanático de la música clásica, se sintió cautivado por aquel primer disco: “Necesitaba un cierto alivio tras mis primeras incursiones en la música seria —afirmaría—. Al igual que muchos otros, acogí a Los Beatles como un soplo de aire fresco en la escena más bien rancia y enfermiza de la música popular”. El Reino Unido claudicó y los tabloides hablaban de una epidemia llamada *beatlemania*. Solo unos meses más tarde, Los Beatles aterrizaron en Estados Unidos desatando el caos. El éxito fue abrumador y su actuación televisada en *The Ed Sullivan Show* atrajo una audiencia de setenta y tres millones de espectadores. Atrapados en un tornado imparable, la banda rodó películas, ofrecieron actuaciones por el largo y ancho mundo y grabaron un puñado de álbumes y singles que vendieron millones de copias. En el camino descubrieron la marihuana (cortesía de Bob Dylan) y las drogas psicotrópicas y su música se benefició de aquella atmósfera libertina y fértil, sin prejuicios ni limitaciones.

Su actividad era frenética. Entre el 3 de diciembre de 1965 y el 1 de junio de 1967 (¡dieciocho meses!) publicaron los discos *Rubber Soul*, *Revolver* y *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* y singles de la talla de *Day Tripper* / *We Can Work It Out*, *Paperback Writer* / *Rain* o *Penny Lane* / *Strawberry Fields Forever*. Sin duda, se trataba de una producción apabullante, tenida entre lo mejor del género y nunca superada por sus contemporáneos. Desgraciadamente, aquella agenda implacable tuvo una baja inesperada.

Brian Epstein murió en agosto de 1967. El único hombre que podía mantener unidos a Los Beatles falleció a causa de una sobredosis de barbitúricos. No se sabe si se trató de un hecho accidental. Epstein no era feliz. Inhibido por su doble condición de homosexual y judío, soportaba en la intimidad el desprecio de una sociedad intolerante. Solo Los Beatles le hacían sentir útil, pero ahora los muchachos, más autónomos que nunca, parecían no necesitar de sus servicios. El hecho de que el grupo hubiera dejado de hacer giras para centrarse en las grabaciones supuso para Epstein un certificado de muerte prematuro. La desaparición del representante dejó a Los Beatles sumidos en un extraño limbo financiero. Se impuso la necesidad de crear una empresa que administrara los beneficios antes de que la Hacienda británica exigiera su dosis de impuestos. Así nació Apple Corps. Ltd. una compañía con varias subdivisiones que aglutinaría el mayor número posible de actividades empresariales y artísticas. A partir de entonces el grupo invertiría su capital en patrocinar a músicos, científicos, dramaturgos o cineastas. Sin embargo, pocos sabían entonces que Apple, lejos de ser la solución, iba a convertirse en el problema.

En 1968 se impuso un receso. Hastiados ante una situación insostenible, Los Beatles ya habían dejado las giras atrás y buscaban reconfortar el espíritu. Tras los



pasos del gurú indio Maharishi Mahesh Yogi, partieron a la India profunda en busca de meditación y paz. El romance indio duró poco y, a la vuelta, el grupo se limitó a hacer lo que mejor sabía: música. *The Beatles* —popularmente conocido como *The White Album*— ya anunció la autosuficiencia del cuarteto. Ahora no eran los cuatro “melencólicos alegres” sino hombres adultos que buscaban su propio destino. John Lennon había roto con su esposa Cynthia —y, por extensión, con su hijo Julian— y anunciaba caminos musicales distintos a los de Paul McCartney, su todavía socio. Pero aquella sociedad tenía los días contados. Yoko Ono, una artista conceptual japonesa, se había convertido en una figura asida al brazo de Lennon. Era el final de *John* y el principio de *Lennon* —según la propia definición del músico—. McCartney también había roto con su novia —la actriz Jane Asher— y se dejó seducir por una fotógrafa americana llamada Linda Eastman. En su opinión, y lejos del pesimismo de su colega, convenía apostar por la continuidad del grupo: aún había muchas cosas que hacer. Y por ello propuso grabar un disco en directo con canciones nuevas. Podrían rodar un documental y la banda sonora, cruda y sin artificios, sería el nuevo álbum. Dicho y hecho. Sin embargo, pronto el aburrimiento hizo acto de presencia y el resultado no fue sino una película vacua, con unos Beatles hastiados y poco partícipes. Aquel documental —titulado significativamente *Let It Be*— demostró que el grupo estaba agotado.

Sin embargo, los problemas más apremiantes eran otros: por un lado, Apple Corps. se había convertido en un cenagal de aprovechados, sanguijuelas y maleantes. Las subdivisiones eran sacos rotos —solo Apple Records se salvaba de la quema...— y las pérdidas se estimaban en millones de libras. Se imponían medidas urgentes. Había que contratar a un mánager que hiciera una criba, saneara las cuentas y negociara con EMI un nuevo contrato discográfico. Por otro lado, Northern Songs, la editora de las canciones de Lennon y McCartney, estaba a punto de ser adquirida por Lew Grade, uno de los más reputados magnates del mundo del espectáculo.

John Lennon y Paul McCartney, adheridos a un frente común, no pudieron solucionar ni un problema ni otro. Fueron incapaces de ponerse de acuerdo a la hora de nombrar a un nuevo manager que pusiera orden en Apple. Lennon quería a Allen Klein, un hosco representante neoyorkino de dudosa reputación y lengua viperina. McCartney quería que el padre de su novia, Lee Eastman, un prestigioso abogado con sobrada experiencia en el mundo de la farándula, se hiciera cargo de la situación. Al final se impusieron dos bandos: Lennon, Harrison y Starr en uno y McCartney en otro. Y empezó la guerra civil.

Para colmo de males, y como consecuencia de aquel conflicto sin tregua, Lew Grade se hizo finalmente con Northern Songs a mediados de 1969 y Lennon y McCartney perdieron el control sobre sus canciones —incluso sobre aquellas que aún no habían compuesto, ya que seguían bajo contrato—. Allen Klein, con el beneplácito de Lennon, Harrison y Starr, se ocupó de negociar con EMI el flamante contrato discográfico, pero para que sus planes siguieran adelante tenía que de-



mostrar a la discográfica que Los Beatles eran un grupo sólido y que iban a grabar música nueva muy pronto.

Por eso existe *Abbey Road*, el último —y genial— álbum grabado por Los Beatles. Allen Klein logró convencer a John Lennon para que no anunciara públicamente sus intenciones de dejar al grupo porque aquello haría peligrar el tan codiciado contrato discográfico. Lennon deseaba romper Los Beatles e iniciar su andadura junto a su ahora esposa Yoko Ono. Además, Klein logró que el músico se involucrara en el nuevo álbum. Los demás miembros de la banda —incluido Paul McCartney— accedieron a participar sin objeciones. Y la tregua se respetó. Pero mientras Los Beatles grababan joyas como “Something” o “Come Together”, Allen Klein se dedicaba a despedir sin contemplaciones a los empleados de Apple que consideraba prescindibles —muchos de ellos eran amigos personales de Los Beatles, pero no hubo clemencia—. La purga fue brutal. McCartney estaba hecho una furia porque consideraba que Klein no le representaba en absoluto —nunca firmó un contrato vinculante— y que, por ello, aquellas gestiones carecían de su permiso o autorización. Lennon, como firme defensor de Klein, entraba en cólera cada vez que compartía una habitación con McCartney. El frente abierto entre ambos era insondable.

Pero aún habría más. A principios de 1970 se rescató el proyecto *Let It Be*. Las cintas habían estado guardando polvo durante un año y las mezclas de George Martin y Glyn Johns no habían contado con la aprobación de John Lennon. Sin que Paul McCartney fuera consultado, Lennon contrató los servicios del productor Phil Spector —por recomendación directa de Allen Klein—. Se le entregarían las cintas originales para que las *subprodujera* e hiciera audibles aquellas canciones tan toscas.

Mientras tanto, Paul McCartney había tirado la toalla. Desvinculado de Apple Corps. Ltd. y sin prácticamente hablarse con los que una vez había considerado sus mejores amigos, se recluyó en su granja de Escocia y empezó a trabajar en su primer álbum en solitario. Telefonó a John Lennon para decírselo. Había empezado a grabar por su cuenta y quería desvincularse de Los Beatles. Lennon, irónico, se burló de él.

Para Paul McCartney aquella situación resultaba insoportable. Esquivo e irascible, coqueteó durante un tiempo con la heroína y el alcohol y se hundió en la desesperanza porque creía que, sin Los Beatles, nada tenía sentido. “Hasta entonces —explicaría— yo había sido en realidad un cabrón orgulloso. Era la primera vez que mi confianza recibía un golpe tan fuerte. No creo que mi confianza sufriera cuando murió mi madre. Fue un golpe terrible, pero no sentía que fuera culpa mía (...) No podía más. Recuerdo días en que me despertaba a las tres de la tarde y pensaba: no tiene sentido levantarse, pronto será la hora de volver a dormir”. Incluso llegó a dudar de su talento como compositor: “Pensé que mi vida se había terminado y que ya no servía para nada”.

Cuando Allen Klein envió un acetato del álbum *Let It Be* a cada miembro del grupo, Paul McCartney se sintió ultrajado. Phil Spector había hinchado los temas con orquestaciones pomposas, contratado a coros femeninos, suprimido números



que consideraba irrelevantes y, en definitiva, invertido las intenciones primigenias del grupo. Aquel álbum era una versión bastarda que el público nunca debería escuchar. Pero sus quejas fueron ignoradas deliberadamente. *Let It Be* iba a ver la luz el día 24 de abril. McCartney se dio cuenta de que estaban boicoteando su trabajo puesto que ya había acordado con EMI que su primer disco como solista iba a ser editado el día 17 de ese mismo mes. Lennon y Harrison le escribieron una carta para que se hiciera a la idea: “Hemos estado pensando mucho en tu LP y el de Los Beatles y creemos que es estúpido que Apple lance dos grandes álbumes con siete días de diferencia (también está el de Ringo y *Hey Jude*), por lo que hemos enviado una carta a EMI diciendo que retengan el lanzamiento hasta el 4 de junio (...).¹ Pensamos que lo cambiarías cuando te dieras cuenta de que el álbum de Los Beatles se publicaba el 24 de abril. Sentimos que todo haya salido de esta manera. No es nada personal”. Así que McCartney tendría que ponerse a la cola. Publicar el disco de Los Beatles —a tenor del nuevo (y fastuoso) contrato que Klein había conseguido por parte de EMI— era una cuestión prioritaria. Sin embargo, para McCartney aquello ya sí era algo personal.

Si hasta entonces Paul McCartney se había comportado de un modo comedido, ahora optó por no claudicar bajo ningún concepto. Y logró su propósito. Finalmente publicaría su álbum el 17 de abril, mientras que el de Los Beatles podría esperar hasta mediados de mayo. Una semana antes de la edición de *McCartney* —título más que ilustrativo—, se imprimieron unas notas que irían incluidas en el álbum para la presentación ante la prensa. No era sino un cuestionario simulado, con preguntas y respuestas redactadas por el propio McCartney. Pero su contenido era gris, casi tético. McCartney se mostraba poco conciliador y declaraba que, por ahora, no tenía intención de volver a trabajar con John Lennon y, por ende, con Los Beatles y que Allen Klein no era su representante. Sus palabras tenían un tono lúgubre. El *Daily Mirror* se hizo con la exclusiva un día antes de la presentación. Y así, el 10 de abril, pudo anunciar con rotundidad que Paul McCartney abandonaba Los Beatles “por diferencias personales, de negocios y musicales”.

Los seguidores del grupo no salieron de su asombro. ¿Cómo es posible que entre Los Beatles hubiera diferencias? Habían estado juntos desde que eran adolescentes chiflados por el *rock 'n' roll*. Crecieron y maduraron en limusinas, habitaciones de hoteles o estudios discográficos, y siempre al calor de los gritos de millones de *fans* que exigían un segundo de su atención. Habían compartido experiencias asombrosas en los malos y en los buenos tiempos. Sin duda, aquella convivencia había desarrollado un parentesco fraternal. Eran una familia. Todos sus colaboradores y conocidos admitían sin discusión que existía un vínculo casi sobrenatural entre ellos. Y no solo al principio de su carrera, sino también al final, cuando las sesiones de

1. Lennon y Harrison se refieren al disco que Ringo Starr estaba a punto de publicar entonces, *Sentimental Journey*, y que vería la luz el 27 de marzo; *Hey Jude* es el álbum recopilatorio que Capitol editó —exclusivamente para el mercado estadounidense— el 26 de febrero. Por lo tanto, una abundante cantidad de productos *beatles* coparía el mercado discográfico a la vez.



grabación eran bruscamente interrumpidas para discutir sobre Apple. Aún incluso en 1969. Sirva el testimonio de Jeff Jarrat, entonces un joven ingeniero de sonido. Jarrat acababa de ser contratado por EMI e iba a debutar nada menos que con Los Beatles —que entonces estaban trabajando en el disco *Abbey Road*—. George Martin le preparó a conciencia: “Allí habrá un *beatle*: bien. Dos *beatles*: genial. Tres *beatles*: fantástico —le dijo el productor—. Pero apenas estén los cuatro ocurrirá algo carismático e inexplicable, esa magia especial que nadie ha podido explicar: Todo será muy amistoso entre ellos y tú, pero sentirás esa presencia inexplicable”. A lo que se refería Martin es que, cuando los cuatro estaban juntos, trascendían. Eran un grupo infranqueable y hermético. Incluso Brian Epstein o George Martin sabían que, pese a estar junto a ellos, nunca formarían parte de su exclusivo círculo. Ese nexo inquebrantable era percibido por los admiradores del cuarteto. Los Beatles estaban por encima de posibles conflictos. Así que resultaba inadmisibles y ridículo que Paul McCartney declarara que existían diferencias entre ellos.

En realidad, aquel cuestionario no hablaba de Los Beatles... Paul McCartney quería rendir cuentas con John Lennon. Básicamente McCartney se limita a reconocer que ya nada le une a su antiguo colega, que nunca volverán a ser una sociedad compositiva en activo, que “Paul y Linda” no son “John y Yoko” y que, bajo ningún concepto, reconocerá a Allen Klein —el candidato de Lennon— como *mánager* de Los Beatles. Si deja el grupo es porque su relación con su viejo socio está rota. Se intuye la presencia (anecdótica) de George Harrison y Ringo Starr, pero la diatriba —que McCartney recita con una calculada indiferencia— va dirigida directamente a Lennon. Aclara que ahora disfruta más trabajando solo y que valora las contribuciones de su ya esposa Linda. John Lennon, por lo tanto, es la causa del conflicto. Es únicamente con él con quién está disconforme. Es únicamente con él con el que tiene “diferencias personales, de negocios y musicales”.

La cuestión resulta obvia entonces: ¿Cuáles eran aquellas “diferencias personales, de negocios y musicales”? Porque los *fans* de la época, desde luego, desconocían la intrusión de Yoko Ono en el estudio, los problemas financieros derivados de la mala gestión de Apple o la cruenta disputa entre Allen Klein y Lee Eastman por representar a Los Beatles. En lo que a ellos concernía, hacía solo unos meses que acababan de comprar *Abbey Road* y aquel disco demostraba que el grupo aún sabía hacer música brillante y de calidad. ¿Por qué entonces dejarlo ahora?

John Lennon y Paul McCartney siempre fueron muy distintos en cuanto a carácter, personalidad y prioridades. Y estas diferencias se afianzaron progresivamente. No significaron un obstáculo al principio de su carrera conjunta. Eran buenos amigos porque la música actuaba como nexo. Y empezaron a componer juntos porque disfrutaban mutuamente de su compañía y se compenetraban a la perfección. El mito —casi nunca riguroso— estima que Lennon era ácido, rítmico, agresivo y objetivo para con sus canciones. McCartney era suave, optimista, melódico y tendente a la balada... Por supuesto es una concepción muy simple —y tramposa— porque ambos, cuando se lo proponían, podían intercambiar sus



personalidades (Lennon es el autor de canciones *a lo McCartney* como “This Boy”, “If I Fell”, “Good Night” o “I’ll Be Back”; McCartney es el autor de canciones *a lo Lennon* como “I’m Down”, “Helter Skelter” o “Why Don’t We Do It In The Road”). Mientras estuvieron físicamente juntos su colaboración funcionó. En el verano de 1966, tras dejar Los Beatles las agotadoras giras, ambos optaron por caminos distintos. Atrás quedó la imagen romántica de los dos músicos componiendo juntos, sin descanso, en las habitaciones de los hoteles, sobre la cama, o mientras viajaban en furgonetas para actuar por doquier. Sus métodos compositivos variaron entonces y cada uno de ellos ya llevaba su canción al estudio casi terminada. Allí se producía un intercambio de sugerencias y aportaciones y, finalmente, los temas se grababan bajo la estricta supervisión de George Martin.

Sus vidas personales eran otro asunto. John Lennon vivía en un lujoso barrio residencial, a una hora de Londres. Sus vecinos eran abogados y políticos. Allí, Lennon se limitaba a hibernar —subyugado por el LSD— y a soportar unas relaciones maritales que despreciaba. Paul McCartney se estableció en el mismo corazón de Londres y compró una casa al lado de los estudios de Abbey Road. Lejos de la inoperancia de Lennon, se dejaba ver en exposiciones, cines, obras teatrales, conciertos de música clásica y frecuentaba selectos ambientes (su mejor amigo era el aristócrata Tara Brown —cuyo fallecimiento habría de inspirar los primeros versos de “A Day In The Life”—). Sí, sus vidas eran muy diferentes. En 1968 Lennon se divorció de su esposa Cynthia y empezó a consumir heroína de forma regular. Se volvió paranoico. Queriendo romper con todo lo establecido y, determinando por extensión que Los Beatles eran unos grilletes, se refugió en el regazo vanguardista de Yoko Ono e inició una andadura que habría de enfrentarle a sus tres compañeros. McCartney, el único que podía hacerle frente, ya estaba en otras lides, aunque nunca dejó de estimular la vertiente creativa de su socio. Por desgracia, se creó un abismo entre ambos: ya no compartían sus inquietudes e intereses. Percibían la vida y el arte a su manera. Lennon ya no era el joven cándido de “She Loves You” sino el paladín de “Revolution 9” o “I Want You”, pura vanguardia para el sumiso oído del oyente medio de Los Beatles. Sus primeros pasos al margen del grupo (sin mentar discos abiertamente experimentales como *Two Virgins* o *Life With The Lions*) apostaban por la sencillez casi *folk* de “Give Peace A Chance”, el vómito estridente de “Cold Turkey” o el barroquismo *años 50* de “Instant Karma”. ¿Qué se supone que hacía un *beatle* hablando sobre paz mundial, drogas duras o leyes kármicas? ¿Y por qué había devuelto la honrosa medalla que le acreditaba como Miembro del Imperio Británico? McCartney, en cambio, apostaba —aún en la segura matriz de Los Beatles— por el preciosismo *pop*, por secciones orquestales y letras poéticas de ingenua trivialidad. Y aquel abismo, desde luego, se oscureció aún más tras la debacle económica de Apple Corps. Allen Klein y Lee Eastman se enzarzaron en discusiones grotescas, defendiendo los intereses de sus distintos púgiles. Sí, eran negocios, pero aquella pugna estaba adquiriendo tintes personales casi siniestros porque Eastman era el padre de Linda. Lennon —y, por extensión Harrison o Starr,



asidos a su causa gracias a las promesas grandilocuentes de Klein— no iba a permitir que el suegro de McCartney dirigiera (y controlara) la carrera de Los Beatles. Peter Brown, uno de los directivos más cualificados de Apple y que había sido colaborador esencial de Brian Epstein, no tenía dudas: “Lo que más le gustaba a John era que Klein destruyera todo lo que Paul había planeado junto a su suegro” —explicaría. ¿Aunque aquella actitud significara un enfrentamiento sin cuartel? “John no era tonto —sentenciaría Brown— era perverso”.

Ante semejante panorama, y con John Lennon por doquier exclamando que quería divorciarse de Los Beatles del mismo modo que se había divorciado de Cynthia, Paul McCartney no pudo aguantar más la situación y anunció que abandonaba. Ahora se abrían otros escenarios ignotos y cada miembro del grupo pasaría a conocerse con una denominación hasta entonces inédita: *exbeatle*.

Resultaba obvio que los cuatro integrantes del grupo necesitaban disfrutar de un paréntesis tras una carrera meteórica. “Creo que al final de la década de los 60 empezamos a dejarnos guiar por un sentido trágico y por una curiosidad ciega —explicaría Paul McCartney—. De un modo inconsciente queríamos saber qué pasaría después de la muerte de Los Beatles, queríamos ver lo que había al otro lado. Habíamos estado unos años viviendo en las nubes, soñando y, de pronto, empezaron a sonar los despertadores... y nos despertamos de golpe”. Paradójicamente, la desmembración de Los Beatles infligió en sus miembros unas sensaciones ambiguas. George Harrison tenía en la reserva decenas de canciones que quería publicar por su cuenta, así que la separación podría resultarle positiva, al menos durante un tiempo; Ringo Starr era agasajado por directores de cine que solicitaban sus servicios. Podría aparcar las baquetas momentáneamente y probar suerte ante las cámaras. Incluso podría dedicarse a una de sus pasiones más secretas: diseñar muebles; John Lennon era un enigma. Cambiaba de opinión con una celeridad pasmosa y amaba y odiaba a Los Beatles con la misma intensidad. Ahora que el sueño había terminado —parafraseándose a sí mismo— se le brindaba la oportunidad de trabajar por / para / con su esposa. Era una opción tan atractiva como arriesgada. Paul McCartney era el único de los cuatro que había apostado por la continuidad, lo que resulta contradictorio si se tiene en cuenta el devenir de los acontecimientos. Incluso había sugerido volver a las giras para que los aplausos del público actuaran como estimulantes y para sentirse nuevamente miembro de una banda. Aquella sugerencia fue rechazada sin contemplaciones. “Llegó el momento de dejarlo, sin más —comentaría Ringo Starr muchos años después—. Nos hicimos adultos. Si hubiésemos seguido, habríamos empezado a repetirnos”.

Los cuatro iban a inaugurar carreras solistas y los medios y el público se mostraron expectantes ante lo que se antojaba un desafío brutal. Puesto que Harrison era un músico reservado y Starr solo el baterista, los *fans* naturales de Los Beatles se decantaron por examinar con lupa lo que serían capaces de hacer Lennon sin McCartney y McCartney sin Lennon. El dúo había escrito casi todas las canciones de Los Beatles y al ritmo de su música habían transformado la cultura y la sociedad



de su época. Eran admirados y queridos, auténticas estrellas por derecho propio. Pero aun así no las tenían todas consigo. “¿Con quién se supone que voy a grabar ahora mis canciones?” —se quejaría Lennon. McCartney sería de su misma opinión. ¿Qué podrían hacer? “Cuando nos separamos vivimos tiempos muy duros —recordaría McCartney—. Tuve que empezar una nueva vida, tuve que dejar de ser un *beatle* para ser Paul. Fue una locura, algo horrible. Cuando vi lo que había al otro lado de la muerte del grupo me asusté. Todos teníamos que seguir nuestro camino y hacer cosas nuevas. Empecé a sentir vértigo porque Los Beatles habían puesto el listón muy alto. Era consciente de que nunca las cosas volverían a ser igual en mi vida. El fantasma del grupo me perseguía como si fuera una sombra y yo salía corriendo sin caer en la cuenta de que uno no puede desprenderse de su sombra”. Efectivamente, el listón estaba muy alto. Con Los Beatles, Lennon y McCartney habían vendido más discos que nadie, cambiado las reglas de la industria discográfica y revolucionado la manera de componer, grabar y producir música *pop*. Y eso sin mentar el fenómeno sociológico que habían protagonizado y que no conocía antecedentes. ¿Serían aceptados al margen del grupo que les había hecho tan populares? ¿Podrían disfrutar del éxito comercial y sentirse artistas y compositores ahora que ya no se tenían el uno al otro? Eran conscientes de que las expectativas iban a resultar gigantescas e intimidatorias. Durante una temporada se sintieron inseguros. La cuestión habría de torturar a ambos por igual: ¿se podía sobrevivir a Los Beatles?



Prefacio



Here Today

And if I say I really knew you well
Y si dijera que de verdad te conocí bien
What would your answer be?
¿Qué me responderías?
If you were here today
Si estuvieras aquí, hoy
Here today
Aquí, hoy
PAUL McCARTNEY, “Here Today”, 1982

Peasmarsh es una pequeña aldea situada en East Sussex. Sus poco más de mil habitantes viven tranquilos, ajenos al ruido cotidiano de la cosmopolita Londres, la capital del Imperio de Su Majestad, ubicada a solo ciento treinta kilómetros de allí. Suelen vivir en casas individuales, con un porche y un jardín donde prima el verde césped. Es un lugar poco glamuroso, así que sus habitantes no pudieron sino sentirse sorprendidos cuando, a mediados de los años 70, el *exbeatle* Paul McCartney decidió comprar allí cuarenta hectáreas de terreno. Su intención era la de pasar en Peasmarsh los fines de semana y descansar en semejante paraíso, lejos de la civilización. La presencia del famoso músico pasaría desapercibida y la familia podría disfrutar de la intimidad y el anonimato.

Con el tiempo, y tras decidirse a establecerse allí de forma permanente, Paul McCartney compró un par de granjas colindantes, que reformó a su gusto —siempre práctico y poco ostentoso— y matriculó a los chicos en uno de los institutos públicos de East Sussex. Su hogar particular era una pequeña casa de campo situada junto a un molino de viento que los antiguos vecinos habían bautizado Waterfall Cottage. La compró en estado ruinoso y decidió rehacerla por completo, buscando el espacio que su familia numerosa exigía. Abuhardillada y con una distribución circular —siendo las estancias triangulares cual porciones de un pastel—, estaba compuesta por un salón, una amplia cocina —la base de operaciones de Linda, siempre con los fogones encendidos— y cuatro dormitorios situados en la segunda



planta. En el exterior, y a pocos metros, se había construido un establo donde caballos y ponis disfrutaban de una existencia plácida. En general, Waterfall Cottage estaba decorada modestamente y carecía de todo tipo de excentricidades inútiles propias de una caprichosa estrella del *rock*. Las pocas visitas que acudían a la casa podían contemplar en el salón un sencillo mobiliario y, sobre el suelo, decenas de periódicos, revistas y juguetes que los niños solían diseminar por doquier. Al fondo, en un rincón y junto a unas estanterías repletas de libros, había un pequeño piano de cola negro, casi oculto por unas macetas con frondosas plantas. Sin duda, los McCartney habían hecho de aquel refugio su propio hogar. Linda amaba esa vida. Después de todo, y pese a ser la esposa de una superestrella de la música *pop*, primaba su educación tradicional: “¿Para qué tener hijos si no piensa uno estar en casa? —solía preguntarse a veces—. Yo soy un ama de casa. Me educaron a la antigua: el marido trabaja, la mujer se ocupa de los asuntos familiares...”.

Aquella mañana podría haber sido como otra cualquiera. Paul McCartney se levantó temprano, dispuesto a ir a Londres, donde, en los estudios AIR —sitos en Oxford Street—, tenía programada una sesión de grabación. Semejante rutina siempre era bienvenida en un adicto al trabajo como McCartney. El aliciente de la jornada era que el ilustre Paddy Moloney, de los Chieftains, iba a grabar con él una canción titulada “Rainclouds”. McCartney siempre había sido fan de la banda irlandesa, así que aquella colaboración se le antojaba jugosa. El sentimiento era recíproco y, por esa razón, Moloney cogió un avión desde Belfast a Londres solo para propiciar aquel encuentro. “Rainclouds” era una tonada rítmica con un toque celta y la gaita juguetona de Moloney sería bienvenida. En realidad, se trataba del testamento de Wings, el grupo que McCartney había fundado tras la separación de Los Beatles y que se había dedicado a llenar estadios durante los 70, porque “Rainclouds” sería su última colaboración con Denny Laine —el miembro más estable de la banda—.

Lo primero que hizo Paul McCartney aquel día —siguiendo un proceso previsible y rutinario— fue conectar el teléfono. Una de las ventajas de Waterfall Cottage es que podía aislarse del mundo exterior, centrar sus esfuerzos en componer nuevas canciones y disfrutar de una vida sin sobresaltos, junto a la familia. Por eso, todas las noches, poco antes de ir a la cama, desconectaba el teléfono para evitar ser molestado. Cualquier cosa, por urgente que fuera, podría esperar a la mañana siguiente. Dejándose llevar por aquella tónica monótona, apenas oía la radio y la televisión estaba casi siempre apagada. Atrás quedaba el *beatle* sofisticado, aquel que, durante los años 60, vivía permanentemente en Londres para dejarse influir por todo tipo de tendencias artísticas: acudía al teatro, a galerías de arte, a conciertos de música clásica... El joven McCartney, cual emperador del *Swinging London*, no disimulaba su ambición por abarcar todos y cada uno de los movimientos culturales posibles. Ahora, a sus 38 años, había cambiado aquello por una familia numerosa rodeada de caballos, perros y ovejas. Ese era su sencillo concepto de la felicidad.

George Martin, el antiguo productor de Los Beatles —y propietario de los estudios AIR—, supervisaría la sesión de aquella jornada. Para Paul McCartney siempre era



una garantía (y un placer) trabajar con Martin. Se conocían desde hacía años y, lo más importante de todo, existía entre ambos una química y una complicidad que saltaba a la vista (y al oído). Además, McCartney disponía de un cancionero realmente prometededor. Después de trabajar —prácticamente sin el concurso de otros colaboradores y músicos— en el álbum *McCartney II*, ahora reivindicaba un poco de esparcimiento y compañía. Su último disco era una amalgama de sonidos electrónicos, a veces simples improvisaciones frente al sintetizador, pero con unos cuantos números de gran interés y con un *single* incontestable —“Coming Up”— que había dominado sin esfuerzo las listas de éxitos. Ahora se imponían criterios más ambiciosos y siempre al servicio de melodías arrebatadoras. Las sesiones habían sido muy productivas durante las últimas semanas y todos estaban muy satisfechos con los resultados.

Reclutar a George Martin no había sido una elección casual. Recurrir al pasado cuando se trataba de Los Beatles podía parecer oportunista, pero Paul McCartney ya había asumido que el fantasma de su antiguo grupo era parte de su existencia y que este siempre se acabaría manifestando tarde o temprano. Y si ahora quería volver a contar con los servicios de Martin, no había motivo para preocuparse por simples prejuicios nostálgicos. También había involucrado en aquel nuevo proyecto a otro viejo conocido: Geoff Emerick. El antiguo ingeniero de sonido de Los Beatles seguía siendo un aliado fiel. Y ambos ya habían coincidido con anterioridad. Emerick dejó muestras de su talento en álbumes como *Band On The Run* o *London Town*. Sin duda, a McCartney le resultaba muy cómodo rodearse de aquella vieja guardia que, en realidad, ya era parte de su familia.

En cuanto a los propios Beatles, los rumores sobre un hipotético reencuentro nunca habían amainado del todo, pero actualmente se antojaba casi una misión imposible. “Se habló de una reunión un par de veces, pero no cuajó —comentaría McCartney unas décadas más tarde—. A nadie le apasionaba demasiado la idea. Había más ganas de retirar a Los Beatles que de reunirlos. Todos estábamos de acuerdo en que habíamos cerrado el círculo”.

La relación de Paul McCartney con sus antiguos compañeros era un tanto difusa. Hacía tiempo que no coincidía con George Harrison. Básicamente les unían los negocios comunes que aún mantenían, pero la relación personal llevaba en suspenso varios años. Eran como hermanos que habían discutido por la herencia y que, aunque se querían, mantenían las distancias. De hecho, Harrison acababa de publicar su autobiografía —titulada *I Me Mine*— en la que apenas le mencionaba. John Lennon fue tratado con una condescendencia similar, hecho que le habría de ofender profundamente. Siguiendo esta línea familiar, Ringo Starr siempre había sido el hermano conciliador y benévolo. En verano, McCartney y él habían coincidido en un estudio y habían estado tocando juntos. Para entonces el baterista estaba grabando el disco que habría de ser *Stop And Smell The Roses* y McCartney había compuesto y producido para él un par de canciones: “Private Property” y “Attention” —también habría de supervisar la grabación de la versión del tema original de Carl Perkins “Sure To Fall (In Love With You)—”. Al menor llamamiento de



Starr, todos sus viejos camaradas acudían para echar una mano. Harrison aportó otro tema, “Wrack My Brain” y, durante aquellas mismas sesiones, produjo para el baterista “You Belong To Me”, número clásico que todos los *exbeatles* tenían entre sus favoritos. E incluso John Lennon, tras unos años hibernando en el Dakota, se dispuso a contribuir, regalando a Starr tres canciones: “Nobody Told Me”, “I Don’t Wanna Face It” y “Life Begin At 40” —que había compuesto exclusivamente para el baterista, a tenor de su cuadragésimo cumpleaños el pasado 7 de julio—. Al menos, aquellos hechos demostraban que los cuatro *exbeatles* aún podían entenderse. Es más, Apple Corps. Ltd., la empresa que gestionaba su patrimonio común, planeaba por entonces la producción de un documental biográfico sobre el grupo. Teniendo como referencia los jugosos beneficios económicos de aquel proyecto, los cuatro antiguos colegas habían acordado participar y, si se daban las condiciones oportunas, incluso ser filmados juntos para la ocasión. No estaría de más aparcar las rencillas momentáneamente y disfrutar de aquella reunión ante las cámaras.

La relación de Paul McCartney con John Lennon era extrañamente ambigua. Podían discutir. Y podían perdonarse. No se veían desde hacía varios años, pero hablaban a menudo por teléfono y aquellos momentos, casi siempre agradables, servían para reconstruir la vieja amistad. Su última conversación telefónica, mantenida hacía solo un par de meses, no tuvo nada que ver con otras en las que, encolerizados, se colgaban el teléfono el uno al otro. Trataron asuntos triviales. Charlaron sobre sus hijos o sobre las tareas domésticas que Lennon acometía ahora (¿como hornear pan!). “¡Parezco la tía Mimi! —bromeó—. ¡Trasteando por aquí en mi bata, alimentando a los gatos, cocinando y preparando el té!”. Incluso intercambiaron unas cuantas recetas de cocina. Lennon estaba a punto de publicar *Double Fantasy*, su nuevo álbum tras cinco años de silencio discográfico. No se trataría estrictamente de un trabajo en solitario porque Yoko Ono iba a copar la mitad del disco con siete canciones propias. “¡Esta ama de casa quiere tener una carrera! —le dijo a Paul entre risas. Al parecer, el ejemplo de McCartney —infatigable a la hora de grabar discos y ofrecer actuaciones por doquier— seguía estimulando a Lennon incluso en la distancia. Es probable que, tras escuchar el single que contenía “Coming Up”, Lennon decidiera recuperar el tiempo perdido y —espolado aún por el talento innato de su antiguo socio— volver al estudio para producir nuevas canciones. Pese al pasado glorioso que una vez compartieron en una banda de *rock ‘n’ roll*, ahora solo eran dos viejos colegas separados por el Atlántico. McCartney había intentado reactivar aquella sociedad compositiva, y no necesariamente como una vuelta de Los Beatles, aunque sin éxito. Por supuesto que no la necesitaba imperiosamente, pero la añoraba. Lennon era, quizá, el único músico del planeta al que respetaba más que a sí mismo. Y ambos sabían, pese a todo, que aquel sentimiento era mutuo.

Cuando el teléfono empezó a sonar insistentemente en Waterfall Cotagge, Paul McCartney estaba solo en la casa. Linda había llevado a los niños al colegio y él estaba esperándola para ir a Londres, al estudio de grabación. Descolgó el auricular. Era Steve Shrimpton, su mánager. Había llamado tan pronto para darle una noticia terrible:

—Han asesinado a John Lennon —le dijo.



1

●

En mi hora de oscuridad

“Los Rolling Stones no nos separamos, pero si lo hubiéramos no seríamos tan rencorosos como lo están siendo Los Beatles...”

MICK JAGGER, 1970

Después de que el titular del *Daily Mirror* provocara estupefacción e incredulidad entre los medios y los admiradores de Los Beatles de todo el mundo, se convocó una improvisada rueda de prensa en Saville Row, sede de Apple Corps. en Londres, para intentar aclarar la noticia. Previamente se había publicado un comunicado un tanto irónico: “La primavera ha llegado, el Leeds juega en Chelsea mañana y Ringo y John y George y Paul están vivos y llenos de esperanza. El mundo sigue girando, igual que tú y que yo. Cuando dejemos de girar será el momento para preocuparse. Pero no antes. Hasta entonces, Los Beatles siguen vivos y están bien y el ritmo sigue, el ritmo sigue...”. Ahora los medios tendrían la posibilidad de hablar con Derek Taylor, el jefe de prensa de Apple y uno de los (pocos) hombres de confianza de Los Beatles desde tiempos inmemorables. Además, Taylor era la persona indicada —al margen de cualquier miembro del grupo, obviamente— para explicar las motivaciones de Paul McCartney. Y es que él mismo había contribuido (junto a Peter Brown) a redactar el cuestionario que —de una manera un tanto ambigua— certificaba la separación de Los Beatles. Para entonces, y después de que Apple Corps. se convirtiera en una trampa, Taylor era el único contacto fiable de McCartney. Y, como él, despreciaba la labor de Allen Klein, al que consideraba responsable directo del distanciamiento entre Los Beatles.

Derek Taylor apareció ante los periodistas con tez seria y mirada taciturna. Parecía desorientado e incómodo y era consciente de que tendría que medir cada una de sus palabras. “¿Significa esto una ruptura comercial o emocional dentro de Los Beatles?” —preguntó uno de los periodistas allí presentes. Taylor pensó



su respuesta durante unos segundos. “Un poco de ambas cosas —contestó—. Pero se trata de una pausa. No se sabe si es algo pasajero o permanente. Esa es la verdad. Ninguno de nosotros lo sabe”. “¿Seguirá primando el interés financiero en las organizaciones comunes del grupo?” —preguntó el mismo periodista. Por supuesto, aquellas cuestiones se referían al hipotético destino de Apple sin Los Beatles y también a los contratos vigentes que habían firmado hacía solo unos pocos meses. “Sí —volvió a contestar Taylor—. Están obligados por contrato. Y creo que en realidad quieren seguir. Nunca discutieron por dinero”. “Paul mencionó diferencias personales en el artículo...” —señaló otro periodista. Taylor no le dejó formular la pregunta y adelantó su respuesta: “Probablemente tiene que ver con la madurez. Antes eran cuatro, pero ahora están casados y tienen hijos”. En cualquier caso, una nota deslizada con discreción por la oficina de prensa de Apple señalaba que, casi con total seguridad, “las actividades de Los Beatles permanecerían en un estado vegetativo durante los próximos años”. Un par de semanas más tarde George Harrison fue entrevistado en Nueva York: “la separación de Los Beatles será algo temporal” —habría de concluir.

Por supuesto, las razones esgrimidas por Derek Taylor, muy diplomáticas, ignoraron los serios problemas que atravesaban las relaciones entre Paul McCartney y John Lennon. Unas décadas más tarde, el propio McCartney habló del tema sin disimular un tono sombrío en sus palabras: “John me hizo mucho daño —recordaría—. E incluso me hizo llorar de rabia, sobre todo cuando se estaban separando Los Beatles y en los meses posteriores a la disolución del grupo. Él empezó a tirar piedras a mi tejado. Al principio, me dije: «Tu amigo John, el travieso, anda por ahí fuera, haciendo de las suyas». Y pensé: «Bueno, ya dejará de granizar». Pero el cielo seguía mandando piedras y más piedras. Entonces tuve que buscar mi tirachinas. La ruptura de Los Beatles no se debió, como se ha dicho mucho tiempo, a nuestras mujeres, sino a un cúmulo de cosas que van desde el orgullo hasta la incompreensión”. Taylor, por su parte, supo vender la separación de Los Beatles como un cambio de ciclo. Los miembros del grupo necesitaban espacio e iban a tomarse un respiro hasta nueva orden. “Paul no sabe si la separación será permanente...” —dijo. Los *fans* del grupo —y los medios de comunicación— no quedaron muy satisfechos con aquellas explicaciones. Y seguirían confusos e impacientes por conocer más detalles. Lo más curioso de todo es que los propios Beatles —al margen de Paul (instigador, en primera instancia, de lo ocurrido)— estaban perplejos e indignados ante aquel anuncio imprevisible. En retrospectiva, habrían de declarar —no sin ironía— que se enteraron de su separación por las declaraciones de McCartney. Consideraron que aquel acto era una provocación irrespetuosa. Todos eran conscientes de que atravesaban una época crítica y que los problemas en Apple multiplicaban la irascibilidad y el caos. Sin embargo, (aún) eran un grupo y (casi) siempre habían funcionado como una entidad democrática. Por lo tanto, si habría de existir un anuncio, este debería ser pactado y comunicado públicamente en nombre de los cuatro miembros de la banda.



El editor y el autor se disculpan por cualquier error u omisión.
Si se detectan, serán rectificadas en cuanto tengamos oportunidad.

© del texto: Antonio Panadero Cantos, 2023
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2023
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

© Diseño de maqueta: Pilar Júlvez

Primera edición: abril de 2023

Impresión:
Arts Gràfiques Bobalà, S L
Sant Salvador, 8
25005 Lleida
www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-985-5

DL: L 24-2023

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.